



14160655507152120763

ENTRADA 2022002719

20-04-2022 09:51 09:51

Otros documentos de entrada

## TODA LA EXTENSIÓN DE SU SONRISA

La primera vez que percibí los relumbres de la tristeza, con toda su intensidad, fue en los ojos de Aurora, durante aquel curso del instituto en que ella nos impartía clases de literatura. Por eso en la memoria, ya brumosa, de aquel último curso de bachillerato aún reverberan los brillos fríos que a Aurora entonces le encendían la mirada.

Desde la primera fila en que me sentaba, a veces me quedaba mirándola fijamente, sin tomar apuntes, solo siguiendo con mis ojos los suyos, mientras se movía delante de la pizarra. Algunos días ella también me clavaba su mirada, hasta que me sonrojaba, y entonces me mostraba toda la ternura que exhalaba la extensión de su sonrisa.

Aurora era nueva en el instituto y estaba recién instalada en una casa alquilada en el centro del pueblo. Desconocíamos su procedencia. Fuera del centro educativo, apenas hablaba ni tenía relaciones con la gente. Paseaba sola, siempre con su paraguas. Aunque no lloviera, e incluso en los días soleados, ella siempre llevaba un paraguas grande y negro. También lo llevaba a clase, y lo dejaba en un rincón, mientras nos hablaba de los libros, los escritores, sus historias y sus geografías narradas. Por eso en mi primer armazón, aún endeble, sobre el que iría tejiendo la urdimbre de mi vocación literaria, estaban la exuberancia de los paisajes de Macondo con sus piedras como huevos prehistóricos junto a los senderos que recorrían los Buendía, y la tierra yerma sobre la que transitaban Pedro Páramo y los fantasmas de Comala. Aunque Aurora también nos hablaba de las geografías fantásticas extendidas por el País de Nunca Jamás, la Tierra Media o Liliput. Y durante aquel curso nos enseñó a adentrarnos en aquellos territorios literarios, a olerlos, a sentirlos como lo hacían los personajes que los habitaban.

Son territorios, nos decía Aurora, que, aunque surgieron de la invención literaria, una vez creados, forman parte de este mundo, de nuestra memoria y nuestras emociones. «Son paisajes vivos, geografías del suelo, del aire, del cielo, que están ahí, en lugares recónditos, pero accesibles si aprendemos a llegar hasta ellos. Yo lo hago a veces, con mi paraguas, con el que vuelo, como

hacia Mary Poppins cuando surcaba los cielos por encima de las chimeneas y los tejados de Londres. Viajo al País de Nunca Jamás, siguiendo la senda de Wendy. Busco en el cielo la segunda estrella más brillante, giro a la derecha, y prosigo mi vuelo hasta el amanecer», nos contaba Aurora. Y según hablaba, con su inalterada expresión de tristeza, nos mostraba el paraguas: negro, grande, con una punta metálica muy fina.

Luego se apretaba el pañuelo que siempre llevaba anudado al cuello, para evitar que se desprendiera, y proseguía con sus explicaciones sobre los territorios de la fantasía. Y nos contaba que para llegar a ellos, recorrerlos y sentir sus brisas, sus emociones, los colores y aromas de sus paisajes, tenemos que traspasar las lindes de la realidad que observamos y adentrarnos en los territorios de la imaginación, de las geografías del alma. «A veces, yo lo hago por el gusto de viajar. Otras, para huir, para escaparme de la realidad que me angustia o me duele. Para eso tengo mi paraguas, por si os lo preguntáis, para volar, para viajar al País de Nunca Jamás. Y cuando llego allí, lo cierro, y siempre lo llevo en la mano, como una Wendy precavida, para defenderme si me ataca el Capitán Garfio».

A mí me intrigaban aquellas explicaciones, sus descripciones de las geografías fantásticas a las que ella volaba, se escapaba, para huir de su realidad; pero, sobre todo, me adentraban en una vocación literaria que ya se me quedaría grabada para siempre en la memoria. Además, mientras la escuchaba, me sumergía en la humedad de sus ojos de mar, y sentía la sensualidad que brotaba de sus labios, alargados a veces en una sonrisa triste.

Fue al final del curso cuando entró una mañana el director para decirnos que no habría clase de literatura, porque Aurora se tenía que ausentar durante unos días. Luego, enseguida, nos llegaron noticias de que esa mañana había aparecido un hombre muerto, en la calle, junto a su casa. Fue ella quien confesó en el cuartel de la Guardia Civil que lo había matado, al agredirla. También contaron que aquel hombre, al que habían visto llegar en un autobús y pasear por el pueblo, tenía clavado en el cuello un paraguas. Era el paraguas de Aurora, grande y negro, de fina punta metálica, con el que ella volaba, como Mary

Poppins, para escaparse de su realidad en el País de Nunca Jamás, donde lo cerraba y lo mantenía en su mano, por si la atacaba Garfio.

Y según avanzaba el día, estremecido, conmocionado, fui preguntando a los compañeros que tenían noticias nuevas, a los profesores impactados por lo sucedido, a quienes busqué durante el recreo para que me contaran, me dieran más detalles sobre aquellos hechos en los que, en mis pensamientos, mi imaginación, se entreveraban la cruda realidad con las fantasías literarias. Y, al final, supe que aquel hombre era el exmarido de Aurora, que había sido encarcelado por maltrato continuado e intento de asesinato. Era su primer permiso penitenciario, que utilizó para buscarla y reabrir, con saña renovada, las heridas, ya cicatrizadas, que ella siempre ocultaba con su pañuelo en el cuello. Pero se encontró con la punta metálica, fina, del paraguas de Mary Poppins, con el que Aurora se escapaba al País de Nunca Jamás, para huir de sus geografías de la desolación, de la sórdida realidad vivida y de sus miedos. El paraguas con el que se defendió del ataque de Garfio.

Reconocida su acción como defensa propia, libre de miedos y de cargos, Aurora volvió a sus clases algunos días después, ya sin paraguas, y continuó hablándonos de las geografías literarias, fantásticas.

Uno de los últimos días de aquel curso llovía con intensidad, y ella, al salir de clase, como ya no tenía paraguas, se quedó en la puerta del instituto, esperando a que escampara. Yo entonces, al verla, corrí bajo la lluvia hasta los almacenes Arcoíris, donde compré un paraguas grande, azul, como el cielo claro, como sus ojos. Luego corrí de nuevo hasta la puerta donde ella esperaba y le ofrecí mi paraguas para acompañarla hasta su casa. Y ella accedió, me cogió del brazo con su mano y se arrimó a mí. Llovía oblicuo, y acabaron mojándose mi pantalón y su falda, que me rozaba, húmeda, en la cadera. Con aquel roce sentí crecidas la emoción y la osadía, por eso, antes de llegar a su puerta, le dije, balbuceé, en realidad, temblando, que me gustaría volar con ella por la senda de Wendy, con aquel paraguas azul, como sus ojos. Entonces Aurora me clavó su mirada profunda de mar, alargó su carmín en una sonrisa rebotante de ternura, y me dijo: «Aún tienes que crecer, Peter Pan».

Acabó el curso pocos días después, y ninguno de los dos volvimos al siguiente. Aunque nunca más oí hablar de los territorios literarios y de la fantasía con la emoción que ella los describía y narraba, a mí ya se me había quedado inoculada en la memoria y en el pensamiento mi vocación de escritor. Yo también quería crear y narrar territorios literarios, fantasías que a veces se hacen realidad, paisajes oníricos y personajes de ficción que en ocasiones nos encontramos en la vida, para disfrutarlos, o sufrirlos. Por eso me hice escritor y profesor de literatura.

Algunos años después la encontré en un instituto de la capital de provincia, donde me habían dado destino como profesor. No tenía paraguas, ni pañuelo en el cuello, ni la mirada triste. Intuí incluso briznas de felicidad en la brisa tibia que brotaba de su mirada y su boca.

—Ya has crecido, Peter Pan —me dijo, cuando salimos del instituto aquel primer día del reencuentro y paseábamos por un parque próximo para contarnos la vida.

—Pero tú no, Wendy —le respondí yo.

—Porque en tu memoria me has mantenido en el País de Nunca Jamás, donde se detiene el tiempo. Y ahí he permanecido durante todos estos años. Esperándote.

Luego le medí con mis labios toda la extensión de su sonrisa.